

MENSAJES

EN LA CANONIZACIÓN DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ

“Tienes obligación de santificarte. –Tú también. –¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos?”

A todos, sin excepción, dijo el Señor: “Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto” (Camino 291).

El Santo Padre canoniza hoy al autor de estas palabras, el Fundador del Opus Dei. La fórmula que pronunciará expresa sintéticamente la grandeza de ese momento: “Para honra de la Santísima Trinidad, para exaltación de la fe católica e incremento de la vida cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la nuestra, después de haber deliberado largamente, invocado repetidas veces la ayuda divina y escuchado el consejo de muchos hermanos nuestros en el episcopado, declaramos y definimos Santo al Beato Josemaría Escrivá, lo inscribimos en el Catálogo de los santos y establecemos que sea devotamente honrado como tal en toda la Iglesia”.

Una canonización es siempre una fiesta grande para la Iglesia. La fe brilla en los santos. Ellos han alcanzado el Cielo precisamente porque han tenido una fe viva. Su vida santa es muchas veces la mejor apología de la fe, su defensa más eficaz, su explicación más convincente. Al calificar como santo a uno de sus hijos, la Iglesia declara que ha alcanzado el fin para el que fue creado y lo ha hecho a través de la Iglesia. Ésta fue instituida por Cristo como sacramento universal de salvación, como instrumento para continuar su misión en la tierra. Al declarar que está en el cielo, la Iglesia certifica el cumplimiento de esa tarea. Es al mismo tiempo una llamada a honrar a la Santísima Trinidad, un modelo para seguir y un motivo para nuestra esperanza. Ése es el sentido de las palabras del Prefacio de

los Santos: “Al coronar sus méritos, coronas tu propia obra. Tú nos ofreces el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino”.

Es también una oportunidad de alegría para muchos burgaleses. Aquí vivió durante quince meses, en los años 38 y 39. Aquí ultimó la redacción de su libro más conocido, *Camino*, cuyos ejemplares se cuentan hoy por millones, en 43 lenguas. A esta ciudad, a sus paseos y al maravilloso trabajo de su catedral se refirió en una de sus homilías. “Me gustaba subir a una torre, para que contemplaran de cerca la crestería, un auténtico encaje de piedra, fruto de una labor paciente, costosa. En esas charlas les hacía notar que aquella maravilla no se veía desde abajo. Y, para materializar lo que con repetida frecuencia les había explicado, les comentaba: ¡esto es el trabajo de Dios, la obra de Dios!: acabar la tarea personal con perfección, con belleza, con el primor de estas delicadas blondas de piedra” (*Amigos de Dios*, n. 65).

Josemaría Escrivá predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y fue considerado por ese motivo como precursor del Concilio Vaticano II en uno de sus mensajes más claros y luminosos. Santidad en la vida corriente, santidad para todos los bautizados, no sólo para unos pocos escogidos. Su canonización es un nuevo refrendo a esa doctrina y una oportunidad para recordarla una vez más. Al inicio del nuevo milenio, el Papa ha querido recordar que el ideal de la santidad “no debe ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos *genios* de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos, a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este *alto grado de la vida cristiana ordinaria* (Carta Apostólica *Al inicio del tercer milenio*, n. 31).

✠ FRANCISCO GIL HELLÍN

(Cope, 6-X-2002)

* * *